

mi malograda Amelia, tu dulce recuerdo, Luisa, me acompañaba muchas veces en la voluntaria soledad á que me habia condenado: tú eras una niña inocente, bella, encantadora, cuando yo te conocí, cuando me amastes, y cuando yo te amé tambien; pensaba en tí como en una hermana querida, y mil veces me he dicho: "Solo al lado de Luisa podría yo pasar mi vida; pero, ¿seria digno de ella ni de mí, el ofrecerle un corazon lleno de la imágen de otra, y lacerado por un dolor sin consuelo?"

No he querido, hasta hace ocho dias, volver á España; pero he escrito muchas veces informándome de tu suerte; supe que habia muerto tu marido, que eras libre; entonces te escribí con la esperanza del cariño fraternal que por tí abrigaba: tú me contestaste con tu ternura habitual, dándome gracias por mi recuerdo, consolándome por la pérdida que habia experimentado con la muerte de varias personas de mi familia y anunciándome tu próxima vuelta á España.

Yo seguí viajando y cansando el cuerpo para adormecer el dolor del alma, cuando al fin me he resuelto á volver; tú eres la primera persona á quien he querido ver; te he hallado buena, tierna y generosa, como siempre, aún bella, y haciendo la vida de una santa.

Dentro de tres dias vuelvo á salir para Alemania: aquel país, sencillo y grandioso en sus

tradiciones, es la patria que deben buscar los grandes dolores: cuando, dentro de algunos años, se haya purificado aún más el recuerdo que guardo de Amelia; cuando ya me halle en el invierno de la vida, entonces volveré, para no separarme ya de tí, y el lazo de una eterna union consagrará la tierna amistad que te profeso: no es el amor ardiente y tempestuoso, concluyó el baron, mirando paternalmente á Carlota, lo que da la dicha, sino un tierno y tranquilo afecto: en cuanto á mí, ya he sentido *el último amor*: ¿ese es el eterno y el que no se olvida jamás!

XVI.

Carlota permaneció todo el dia siguiente en su cuarto: por la mañana habia enviado á su doncella á decir á la condesa que se hallaba indispuesta, pero que por la noche contaba con poder bajar al salon.

Luisa comprendió la tempestad que se agitaba en aquella alma fogosa y altiva, y la dejó en la soledad: escribió al general que viniese á la quinta, pues tenia que hablarle de un asunto importante, y envió la carta á Madrid, donde aquel se hallaba con su criado.

Dos horas despues, el anciano caballero estaba sentado al lado de su amiga.

—General, le dijo la condesa, voy á dar á Vd. una noticia que no me resuelvo á llamar mala, pero que ha de desagradarle no obstante. Carlota no quiere ya casarse con Vd.

El general se echó hácia atrás con un movimiento lleno de sorpresa.

—Es una niña, á la que hay que perdonar su inconsecuencia, prosiguió Luisa: su corazon, que aún dormia, se hubiera despertado, de seguro, despues de casada, y hubiera amado á otro... ¿Qué hubiera sido entonces del sosiego de Vd., mi pobre y querido amigo? A este enlace, doloroso es decirlo... pero solo la llevaba un sentimiento de vanidad, y el deseo de riquezas...

—Mi querida Luisa, respondió el anciano; yo habia acariciado un sueño de ventura demasiado bello para que pudiera ser realizable... mi corazon es jóven... y si no esperaba ser amado con pasion, creia poder inspirar á esa niña bastante cariño para que, siendo ella dichosa, lo fuese yo tambien... me he engañado... y no puede serme indiferente!...

—Lo que Dios hace, está bien hecho, amigo mio: ¿y si hubiera amado á otro?

—¡Tal vez ese caso no hubiera llegado jamás!

—Es probable que sí; yo no quiero ocultarle que me he opuesto fuertemente al enlace de Carlota con Vd.

—Y yo, condesa, habia alimentado ya, durante muchos dias, la dulce esperanza de no vivir y morir solo: ¡ahora es para mí muy amargo perderla!

Luisa permaneció durante algunos instantes muda y pensativa, y luego, alzando la cabeza y mostrando su bello y dulce rostro teñido de un juvenil pudor, dijo al anciano:

—¿Sería Vd. dichoso con mi compañía?

—¿Quién lo duda? exclamó el anciano; eso sería la dicha suprema para mí; porque no quiero negarlo, la extrema juventud de Carlota, me inspiraba tambien sérios recelos.

—Pues bien, general, dentro de seis meses, daré á Vd. mi mano si la desea.

Y la condesa, dichas estas palabras, salió de la estancia, dejando al general atónito y mudo de sorpresa y de alegría.

Carlota bajó al salon por la noche; estaba muy pálida, y parecia haber enflaquecido terriblemente en el breve plazo de algunas horas.

La condesa bordaba; el general, sentado al lado suyo, la miraba con ese arrobamiento que la ancianidad dedica á la belleza que le pertenece. Antonio, el jóven médico protegido de la condesa, estaba allí tambien, segun costumbre, y hojeaba un álbum, volviendo de vez en cuando los ojos á la puerta; el baron de Riosanto leia un periódico.

Á la vista de Carlota, pálida y abatida, el

jóven medico tembló, y, por un movimiento rápido é involuntario, corrió hácia ella.

—¿Qué tiene Vd., señorita? exclamó; ¿está Vd. enferma? y asiendo la mano de la jóven, añadió con terror y mirándola fijamente:

—¡Tiene Vd. fiebre!

Carlota tranquilizó al médico con una dulce sonrisa; la condesa la alargó la mano, y la hizo sentar á su lado.

—El general, la dijo á media voz, tiene ya noticia de tu cambio de parecer respecto al matrimonio... y te perdona.

—¡Gracias, señor! exclamó la jóven, inclinándose ante el anciano y estrechando la mano que éste le tendia.

—Hija mia, dijo Mauricio pasando á ocupar una silla que se hallaba detrás de Carlota; ¿por qué no mira Vd. ese expresivo rostro que está enfrente de Vd.? La juventud y el amor han unido en él su encanto más sublime, porque la juventud y el amor no se separan jamás.

Al hablar así Mauricio, indicó á Carlota el jóven médico, cuya bella y simpática fisonomía tenia una expresion radiosa desde que habia oído hablar de haberse disuelto el matrimonio de Carlota.

—Ese joven, prosiguió el baron, la ama á usted como yo amé á Amelia; si Vd. se casara con otro, se moriria; si Vd. muriese, no la olvidaria jamás; acaso es Vd. la que ha inspirado el

primer amor; pero es tambien seguro que siente por Vd. el ultimo! Carlota, querida Carlota, el hallar un afecto así es la sola felicidad positiva de la vida: los triunfos de la vanidad que otro enlace más opulento pudiera ofrecerle; el brillar en el gran mundo; el excitar la envidia de las demas mujeres, todo eso no es más que humo y mentira! todo eso deja el cuerpo fatigado y el corazon vacío! todo eso lo ha poseido Luisa, y sin embargo, nada de eso le ha dado la dicha! Cuando esta no reside dentro del hogar; cuando hay que pedirla al mundo, no se halla jamás. Hija mia, apoye Vd. su mano delicada en esa mano fuerte y juvenil para hacer el camino de la existencia; viva usted con él *de corazon á corazon*, que es la sola vida verdadera; aspiren juntos las flores del camino, y corténlas para extenderlas sobre las cunas de sus hijos; ayúdense en las asperezas del viaje, y no miren siempre á la tierra, sino contemplan tambien al cielo, donde está escrito el nombre de Dios con letras de estrellas.

—Señor, repuso la jóven, que escuchaba palpitante y subyugada por aquella elocuencia del alma; yo no tengo mi corazon libre, y no puedo ofrecer á Antonio un tibio afecto en cambio de su tierno y generoso amor.

—¡Inocente niña! murmuró el baron fijando en el juvenil semblante de Carlota la profunda y triste mirada de sus grandes ojos negros;

¿cree Vd. por desgracia que lo que siente por mí es amor?

Carlota le miró con espanto.

—No, no es amor; ó, si lo es, es el amor de la imaginacion, exaltada por la narracion de la pasion que yo he dedicado al ángel que involuntariamente maté; á la que ya está en el cielo; yo debo curar á Vd. de esa dolencia de su cerebro, en vez de fomentarla; yo no puedo a mar ya como Vd. necesita, y como debe exigir que se la ame; la expresion misma de un amor ardiente, entusiasta y juvenil me fatigaria, porque no podria pagarlo con el mio: míreme usted, Carlota! yo soy ya un viejo; más que por los años, porque mi corazon, yerto y marchito, es solo la tumba de *mi último amor*; en torno de esta tumba no crece más que una sola flor, pobre y exhausta de perfume: es la de la amistad: conténtese Vd. con ella, mi querida niña; nuestra union al pié de los altares seria más monstruosa que la que iba Vd. á contraer con el general: ese anciano respetable ha conservado su corazon jóven, y solo se ha ocupado de la política y de las batallas; el mio, Carlota, ha quedado destrozado en la batalla de la vida.

—¡Feliz la que ha sabido inspirar á Vd. esa gran pasion, aunque haya sido á costa de la suya! murmuró dolorosamente la pobre niña, en tanto que por sus mejillas rodaban dos gruesas lágrimas.

—¡Usted la ha inspirado tambien! vamos, mi querida Carlota, decídase Vd. á ser dichosa!

—¿Me lo dice Vd. de veras? exclamó la jóven animada de entusiasmo súbito.

—¡Con todo mi corazon!

Carlota se levantó; fué al lado del médico, que seguia con angustia todas las impresiones que pasaban por su rostro, y le dijo en voz baja:

—Mi querido amigo, mañana á las ocho le espero á la puerta del pabellon de las lilas, en el jardin.

Antonio se estremeció. Carlota se despidió en seguida y subió á su cuarto: allí se dejó caer de rodillas ante la imágen de la Virgen, y exclamó:

—¡Madre mia, dadme el valor de ser dichosa!

XVII.

—No puedo decidirme á aceptar de tí lo que me ofreces, Mauricio, decia tres dias despues la condesa á su amigo, al despedirse éste de ella para volverse á Alemania: un irnos en nuestras circunstancias seria indigno, y yo no puedo tampoco prometerme ser para tí la compañera llena de abnegacion que necesitas: me caso con el general para acompañar los últimos años de

su vida, ya que tú, sin quererlo y sin saberlo, le has arrebatado la dulce compañera que él esperaba.

—¿Luego tengo que hacer solo hasta el fin el camino de mi vida? murmuró el baron con melancolía.

—Es forzoso; y es lo más noble que puedes hacer, llevando solo un sepulcro en tu corazón.

Dos alegres y frescas carcajadas que se oyeron en aquel instante siguieron á aquellas palabras. Carlota entró en el salon apoyada en el brazo del doctor: ella tenia en la mano un ramo de rosas que parecian rivalizar con el color de sus mejillas; él llevaba en la diestra una red de cazar mariposas llena de bellos insectos de alas doradas, negras y de color de rosa: la alegría brillaba en los límpidos ojos de la jóven, y una dicha íntima, profunda, llena de ternura, en los negros ojos del doctor.

—Madrina, dijo Carlota; ayer hice á Antonio mi confesion general; y á pesar de conocer ya mis faltas, dice que me quiere lo mismo; así pues, nos casaremos...

—Dentro de seis meses, y el mismo dia que yo con el general, hija mia.

Carlota y Antonio volvieron al jardin.

La condesa y Mauricio se dirigieron á la puerta que daba al parque.

—¡Adios! dijo éste; ¡adios, Luisa! me separo

de tí sin amargura y sin enojo: ¡tienes razon! dejemos á la juventud el entusiasmo y los transportes de la ternura que necesita la virginidad del alma; tú me has amado durante mucho tiempo sin esperanza: yo llegaré hasta la muerte con el recuerdo de mi *último amor*, que es el inolvidable, el eterno!

FIN DEL ÚLTIMO AMOR.